



*Los Otros y Ellos**

MANUEL PACHECO

A mi amigo: Juan José Poblador

“Haced, pues, y guardad lo que os diga, pero no los imitéis en las obras, porque ellos dicen y no hacen. Atan pesadas cargas y las ponen sobre los hombros de los otros, pero ellos ni con un dedo hacen por moverlas. Todas sus obras las hacen para ser vistas de los hombres. Ensanchan sus filacterias y alargan los flecos; gustan de las primeras sillas en las sinagogas y de los saludos en las plazas, y de los primeros asientos en los banquetes” (San Mateo).

....

* Me entregó copia de este poema Juan José Poblador, a quien está dedicado. Gran amigo de Pacheco, el novelista era otro de los referentes imprescindibles de la mítica tertulia “Los sábados de Esperanza”, que tanta presencia tuvo en aquel Badajoz aún sangrante por las heridas de la incivil guerra española, tan duramente sufrida en esta ciudad. Nota del Director.

“No juzguéis y no seréis juzgados; no condenéis y no seréis condenados; absolved y seréis absueltos. La medida que con otros usareis, se usará con vosotros “(San Lucas).

Existen los disfraces,
lo sabemos.

Los encontramos en las copas de los banquetes,
en los salones de la ONU,
en los vestidos que llevan las mujeres a la misa de 12,
en los cuadros pintados con pulpa de metal,
en las poesías hechas con martillos y limas,
en la música hecha sobre el pentagrama del anís dulce
y en las novelas sobre los príncipes azules.

Pero nunca,

nunca,

nunca,

encontraremos disfraces en las manos de Van Gogh,
en la humana locura de Picasso,
en la angustia de Sartre,
en la rebeldía de Camus,
en los pasillos tenebrosos de Kafka,
en la tremenda herida de Beauvoir,
en la violencia de Hemingway,
en la libertad de Faulkner,
en las novelas de Baroja,
en los gritos de Unamuno,
en las luces de Ortega.

Nunca encontraremos disfraces
en los poemas de Paul Eluard,
ni en los monstruos del Bosco,
ni en la personalidad pura de André Breton,
ni en el Ángel terrible de Ducasse,
ni en el infierno de Rimbaud.

El disfraz es lo otro,
el disfraz son las almas estrechas,
la cara de madera,
los pasos de madera,
los libros de madera,
la oración de madera
gastada por la lluvia de la relojería.

Porque existen poetas de la dulce-blanca-rima,
poetas que hablan de la Belleza del Creador,
que confunden la belleza con los arabescos de la felicidad
y olvidan las espinas de la rosa
y las pieles del tigre
y el látigo pequeño de la víbora
y los vómitos bellos del volcán
y la gacela mortal del relámpago
y las manos del mar en epilepsia.

Olvidan el hambre y la justicia
y piden la paz de las conciencias,
la podrida paz de los esqueletos en pie,
la podrida paz de las almas atadas.
Olvidan y tapan sus oídos a la queja del niño,
a la locura de la madre cuando el niño se muere,
a la locura de la madre cuando sus pechos se convierten
en muñones de arena,
a la blasfemia del padre cuando el pan se les escurre de las manos
como si fuera un trozo de jabón.
La conciencia está ahí – como un espejo –
donde se miran ellos que tienen caras limpias.
La conciencia está ahí, en sus manteles
donde brillan las flores y canta el tierno pan.

La conciencia está ahí, en sus gordas mujeres,
en los pechos de sus gordas mujeres.
En los sexos de sus gordas mujeres.
La conciencia está ahí. En la letra de cambio,
en el rezo de cambio, en el cheque de campana de cambio
para esperar en la tibia pereza
la gracia interminable.

Ellos,
los tibios,
los papeles sucios,
los irresponsables,
el celofán por fuera y por dentro las habas podridas.

Ellos,
los temerosos,
los asombrados por su felicidad,
los que no miran hacia fuera,
los que dan una perra a los que piden
para poder dormir tranquilos,
los que no quieren marcharse hacia afuera.

Ellos,
los que pululan como chinches rellenos,
los que huyen hacia el humo de la niebla
que le cubra la espalda del peligro
de estar “entre los Otros”.

Los Otros son los negros,
los que no restituyen,
los que ambientan sus plumas a las negras cloacas,
los que escarban con los palos de sus plumas

en las vivas entrañas de la vida.
Los Otros son los hombres que se “sienten vivir”,
los que se sienten sufrir y comen llanto,
los hombres que pelean contra Dios
para llegar a Dios “ya realizados”.

Y ellos,
los sanos,
los limpios,
escupiendo saliva venenosa,
manchando el Astro de la Cruz.

Pero Dios romperá sus cabezas de palo,
abrirá con sus manos las cabezas de palo
y de sus agujeros saldrán carcomas muertas,
oraciones medidas,
sucias monedas de caridad.

Y existen los poetas del veneno,
“los del alma de víbora y paloma”
porque llevan la cruz entre los huesos
y les duele el dolor de sus hermanos.

En Badajoz a 25 de abril de 1957

MANUEL PACHECO

La copia está dedicada a Antonio Vaquero Poblador “porque es pintor DE
LOS OTROS”.